

CEPALCOMISION ECONOMICA PARA
AMERICA LATINA Y EL CARIBE

REPUBLICA	
PRESIDENCIA	
REGISTRO / ARCHIVO	
NR.	92 / 14882
A:	03 JUL 92
P.A.A.	RC.A
C.B.E.	MLP
M.T.O.	EDEC
M.Z.C.	J. J. J.



NACIONES UNIDAS

NOTAS SOBRE LA ECONOMIA Y EL DESARROLLO

PREPARADAS POR LOS SERVICIOS DE INFORMACION

N° 528/529 mayo de 1992

PARA USO INFORMATIVO. NO ES DOCUMENTO OFICIAL

ARCHIVO

Resaltó El Presidente Patricio Aylwin al inaugurar el 24º período de sesiones de la CEPAL, celebrado en Santiago de Chile:

"LA POBREZA SE ALZA COMO EL PRINCIPAL DESAFIO PARA LA HUMANIDAD DE CARA AL SIGLO QUE VIENE"

En esta edición de "Notas sobre la Economía y el Desarrollo", los Servicios de Información de la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina y el Caribe (CEPAL) reproducen los discursos pronunciados por el Presidente de Chile, Patricio Aylwin; el Ministro de Economía y Presidente de la Conferencia Ministerial, Carlos Ominami; el Ministro de Finanzas y Crédito Público de Ecuador, Pablo Better, y por el Secretario Ejecutivo de la CEPAL, Gert Rosenthal, durante la inauguración de la etapa ministerial del 24º Período de Sesiones. La ceremonia inaugural se llevó a cabo el 13 de abril de 1992 en el Salón de Honor del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile.

Se incluye, asimismo, el discurso de clausura de esta Conferencia Ministerial, pronunciado por el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, Enrique Silva Cimma, el 15º abril de 1992.

Presidente Patricio Aylwin:

"Chile está comprometido con América Latina"

Para el Presidente de Chile es profundamente satisfactorio saludar a los miembros de la Comisión Económica para América Latina en este vigésimo cuarto período de sesiones, después de 21 años que no se reunían en nuestro país.

Los chilenos sentimos legítimo orgullo por la participación que nos cupo en la creación de CEPAL. Como recordé el año pasado con motivo de la celebración del aniversario de Naciones Unidas, nuestro representante ante esa entidad internacional, don Hernán Santa Cruz, fue un gran impulsor de esta iniciativa, que respondió a la necesidad de coordinar políticas encaminadas a promover el desarrollo económico de la región y mejorar las condiciones de vida de sus habitantes.

La creación de CEPAL en 1948 –cuya sede quedó radicada en Santiago de Chile– se ha justificado con creces. Su dilatada y fecunda labor de análisis, reflexión, creación y difusión ha contribuido a la formación de una conciencia sobre el desarrollo económico y social en América Latina.

Hoy ustedes vuelven a reunirse en Chile en un momento importante de la vida de nuestra patria y de nuestro continente.

América Latina ha sido parte de las profundas transformaciones que está viviendo el mundo. Hemos participado de los vientos de libertad que triunfaron también en esta región del globo, así como hemos hecho serios esfuerzos por incorporararnos positivamente al nuevo orden internacional y a la economía global. Los avances logrados nos alientan a continuar por una senda de consolidación y profundización de la democracia y de impulso a un crecimiento económico con equidad.

Ello impone a la política latinoamericana una nueva dinámica.

Sabemos por experiencia que no sirven los grandes discursos ni las promesas sin fundamento, y que toda solución real pasa por el compromiso y por el esfuerzo de todos.

El sistema político democrático es más que un mecanismo procesal. Su sentido más profundo y duradero es construir una cultura de convivencia, fundada en el respeto irrestricto a los derechos humanos y en el acatamiento por todos a reglas del juego generalmente aceptadas, para procurar la paz social y mejorar la calidad de vida de la población.

Una de las grandes frustraciones de la historia latinoamericana en la época moderna, que movía al escritor mexicano Alfonso Reyes a sostener que habíamos llegado tarde al banquete de la civilización, ha sido nuestra dificultad para armonizar los tres pilares de un desarrollo sostenido y estable: la democracia, el crecimiento económico y la justicia social.

En el período de la post guerra se hizo un gran esfuerzo por democratizar la sociedad, tanto en lo político como en lo social. Sin embargo, el crecimiento no fue capaz de sustentar esa expansión y la frustración consiguiente, dentro de un marco de fuerte ideologización, llevó al quiebre de la democracia en diversos países del continente.

El período autoritario, particularmente en el caso de nuestro país, logró después de muchos años recuperar en parte el crecimiento perdido, pero dicho proceso de modernización se llevó a cabo no sólo conculcando los derechos de las personas, sino también con un altísimo costo social que profundizó las desigualdades existentes.

Se dijo entonces con insistencia que la democracia era sinónimo de irresponsabilidad económica y de caos social. Pero ese crecimiento tenía pies de barro, porque la experiencia muestra que sin democracia el desarrollo mismo no es viable a largo plazo, al no incorporar equitativamente a todos los sectores sociales a los frutos del crecimiento.

Luego de la profunda crisis económica que afectó a la mayoría de nuestros países en la década de los 80, estamos asistiendo a un proceso de recuperación caracterizado por la apertura de los mercados, la reducción del aparato de estado y el control de las variables macroeconómicas. Gracias a ello ha comenzado un creciente flujo de capital voluntario hacia nuestros países, lo que debiera redundar en el crecimiento general de la región.

Esto nos plantea, a su vez, otros problemas. El aumento de la población mundial, la concentración urbana, la progresiva industrialización y la masiva explotación de los recursos naturales han causado un deterioro ecológico que se está convirtiendo en una amenaza para toda la humanidad. El problema de la preservación del medio ambiente ha pasado a ser un tema prioritario en todo el mundo y cruza todas las propuestas de desarrollo y crecimiento vigentes hoy en día. Los países de América Latina, con economías basadas en la explotación de recursos naturales, debemos aprender a conjugar el desarrollo con la preservación del medio ambiente.

Aunque la amenaza de una conflagración universal parece haber desaparecido con el fin de la guerra fría, surgen en el mundo nuevos focos de tensión a nivel regional y local, que exigen la atención y la cooperación internacional. Ellos emanan, fundamentalmente, de las profundas desigualdades existentes en gran parte del globo.

La pobreza no es solamente una situación dramática que afecta gravemente a vastos sectores de la población mundial; es también una poderosa causa de inestabilidad política y económica, que amenaza seriamente la paz y el equilibrio entre las naciones.

Es por ello que Chile ha propuesto, en el marco de las Naciones Unidas, la convocatoria a una cumbre mundial sobre el desarrollo social. Esta iniciativa fue bien acogida por la organización y ya ha

comenzado el proceso de consultas preparatorias del evento. La buena recepción de la propuesta de Chile obedece al hecho de que ha arribado a un nuevo concepto de seguridad internacional.

El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas ha reconocido que la paz y la prosperidad son indivisibles y, por lo tanto, la paz y la seguridad internacionales exigen una cooperación internacional efectiva para la erradicación de la pobreza y la promoción de una vida mejor con más amplia libertad para todos.

Este concepto ilumina la relación que debe existir entre el norte próspero y el sur subdesarrollado, así como entre los sectores ricos y pobres de una misma nación.

Desaparecido el fantasma de la guerra fría, la pobreza se alza como el principal desafío para la humanidad de cara al siglo que viene. Creemos que la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social será una instancia útil para poner en común experiencias y formular políticas eficaces que ayuden a coordinar universalmente la lucha contra la pobreza.

El gran proyecto que guía la acción de mi gobierno es el intento de compatibilizar democracia, crecimiento económico y justicia social. Al cabo dos años, podemos afirmar que los hechos nos están dando la razón: la democracia, contrariando presagios agoreros, ha permitido consolidar el crecimiento económico, garantizar condiciones estables a todos sus agentes y lograr consensos para dar legitimidad social a una estrategia de desarrollo que incorpore progresivamente a todos los sectores, sobre la base insustituible de la equidad.

Sabemos que el camino es largo, y que los cantos de sirena del populismo y del autoritarismo procurarán confundir a la gente con fáciles promesas. Pero también sabemos que sólo una democracia participativa y eficiente es capaz de comprometer a todos en la gradualidad de soluciones reales. Los avances que hemos logrado así lo están demostrando.

El crecimiento con equidad implica, sobre todo, inversión en la gente. Brindar a todos el acceso al desarrollo. Acrecentar la capacidad de inserción productiva de los sectores marginales. Hacer efectiva en el país la igualdad de oportunidades, mejorando la calidad de la educación, facilitando la atención de la salud, invirtiendo en viviendas sociales, capacitando a los jóvenes, elevando la calidad de vida de la gente.

Hacia todo ello se ha orientado el gasto social en el país. No promovemos soluciones parciales, sino un enfoque global de la pobreza que signifique a la vez potenciar el desarrollo nacional. El gasto social pasa a ser inversión en la gente en la medida en que no sólo se solucionan

problemas inmediatos, sino que se entregan herramientas eficaces para la incorporación de todos a los procesos productivos. La modernización y transformación productiva del país que estamos llevando a cabo se sustenta sobre una política social que permite avanzar progresivamente tanto en el crecimiento del producto nacional como en la atenuación de las diferencias entre ricos y pobres, buscando así un desarrollo armónico de la nación que sirva efectivamente a los más desposeídos. Ello es tanto una exigencia moral y de justicia, como un imperativo de eficiencia.

Los desafíos que tenemos por delante son de tal magnitud que requieren de la integración regional. Chile está comprometido con América Latina. Los acuerdos bilaterales de complementación económica y de libre comercio, muestran nuestra voluntad de fortalecer los lazos económicos que en el futuro pueden transformarse en acuerdos de mayor cobertura regional, en la medida en que se hagan homogéneos los grados de apertura y las políticas macroeconómicas.

En este proceso, el aporte de la CEPAL es de la mayor relevancia y sus estudios son insumo para la formulación de políticas eficientes para nuestros grandes objetivos.

Para Chile es un honor recibirlos en esta oportunidad, así como ha sido un honor ser anfitriones de su sede central. Al daros nuestra más cordial bienvenida, hago votos porque vuestro trabajo dé los frutos que todos esperamos como aporte fecundo para construir la paz, la justicia y la prosperidad que el continente busca con urgencia.

**Ministro de Economía de Chile,
Carlos Ominami:**

"Los problemas de la democracia se resuelven con más democracia"

En nombre del Gobierno de la República de Chile, quisiera dar una calurosa bienvenida a los señores Ministros y representantes de los países de América Latina y el Caribe, que nos honran con su presencia en este vigésimo cuarto período de sesiones de la CEPAL. Después de tanto tiempo, volver a actuar como sede es para nuestro país una gran distinción y, a la vez, un estímulo para afianzar y profundizar el proceso democrático y nuestra estrategia de crecimiento con equidad.

Este período de sesiones, que tiene lugar en el año del quinto Centenario del Descubrimiento de América, reviste una particular trascendencia. Como región nos encontramos en un momento histórico fundamental. Estamos emergiendo de una década de agitado acontecer económico; aquélla, precisamente, que ha sido

marcada con el estigma de "década perdida" para el desarrollo; aquella de desestabilización y crisis económica, de dolorosas revisiones y ajustes, de agudos problemas sociales, que vio disminuir drásticamente el ingreso por habitante de la región y extenderse la pobreza; esa década que ha significado costos y sacrificios que resultaría inconveniente e injusto olvidar.

Pero no todo fue pérdida en la década pasada; hemos sacado de ella enseñanzas que debieran permitirnos avanzar por la senda del auténtico desarrollo que conduce a un crecimiento sostenido, sustentable y equitativo. A veces los dramas económicos hacen surgir planteamientos y *concepciones que antes podían aparecer poco viables, o incluso inaceptables, y que, no obstante, habrían podido contribuir a evitar o, al menos, a atenuar la intensidad de la crisis.*

Es nuestro deber reflexionar y asumir prácticamente lo que hemos aprendido en América Latina y el Caribe, y es también nuestro deber abordar con audacia el provenir. Porque aquello que hoy día puede parecer a algunos difícil, o imposible, nos ayudará a evitar las crisis de mañana. No puede ser que el enfrentamiento con realidades difíciles lleve a algunos de nuestros países otra vez, a perder con atraso verdades esenciales; como que los problemas de la democracia se resuelven con más democracia y no con autoritarismo o que las soluciones populistas a los problemas sociales son efímeras y sólo anticipan nuevas catástrofes.

Como país, Chile ha hecho un importante recorrido. Hemos logrado con alto costo, y al cabo de un largo período, estabilizar nuestra economía; hemos podido llevar adelante significativas reformas estructurales y construir una base sana para el crecimiento; hemos conocido últimamente una expansión económica vigorosa, con avances no despreciables en el combate contra la pobreza. Sin embargo, queda aún mucho por hacer y la inequidad constituye todavía un problema de envergadura que está al centro de los grandes desafíos actuales.

Esperamos que esta compleja experiencia, con sus logros y sus insuficiencias, se convierta en un patrimonio de la región toda, y esperamos también obtener de los debates de estas sesiones, elementos que nos ayuden a seguir progresando.

Mucho valoramos la convocatoria a la presente reunión. Ella busca articular una estrategia de desarrollo que, por un lado, integra la experiencia, y propone, por el otro, ambiciosos objetivos. Dos aspectos merecen ser resaltados.

En primer lugar, se asume que la realidad de la región, así como las mutaciones económicas, tecnológicas y políticas del

contexto internacional, exigen como condición del crecimiento la apertura de nuestra economías. Ya no es posible insistir en sendas construidas, en forma casi exclusiva, sobre las dinámicas de los mercados internos. Desde el desarrollo hacia adentro hemos de pasar con resolución, sin ambigüedades, al desarrollo hacia afuera.

Del mismo modo, se plantea la posibilidad de una solución conjunta e interactiva de los problemas de crecimiento y de pobreza. Así como el crecimiento firme y sostenido es condición de una mayor equidad, el avance hacia la equidad es condición de tal crecimiento. En este cuadro, el recurso a medidas asistenciales, como medio para atacar a la pobreza, queda subordinado a la aplicación de una política articulada de desarrollo, que vaya socavando las bases mismas de la inequidad.

Estos temas estarán al centro de los debates que abrimos en estos momentos. Contamos desde ya con el importante aporte realizado por las comisiones técnicas.

Reflejan sus conclusiones un diagnóstico lúcido de la situación regional y de las evoluciones recientes. Allí se constata que América Latina y el Caribe han dado pasos sustantivos en su proceso de estabilización; que algunos países comienzan a contar con el ingreso de los recursos externos necesarios para consolidar los cambios estructurales; y, de manera general, que se está en mejor posición para encarar los retos de la transformación productiva y la equidad.

En esta óptica se inscribe el conjunto de proposiciones que será sometido a nuestra consideración. Ellas cubren temas como el progreso técnico y la transferencia de tecnologías; la profundización de las relaciones comerciales internacionales; la modernización del sector público; el fortalecimiento de los mecanismos de reducción de la deuda externa; la preservación del medio ambiente y otros igualmente relevantes. Se desprende de aquí un conjunto de actividades que la CEPAL tendrá que llevar adelante, y para nosotros una base fundamental de orientación del accionar futuro.

Ese conjunto de propuestas configura, a nuestro juicio, un nuevo enfoque del desarrollo latinoamericano que creemos que este vigésimo cuarto período de sesiones de la CEPAL puede contribuir poderosamente a hacer madurar y a extenderse por toda la región.

Finalmente, les reitero, señores Ministros y representantes de países, que es para Chile, que busca en democracia alcanzar definitivamente el desarrollo, un gran honor acogerlos en esta ocasión, y que tenemos la esperanza que nuestra hospitalidad otorgue a esta reunión un cuadro propicio y estimulante para todos ustedes.

Ministro de Finanzas y Crédito Público de Ecuador, Pablo Better:

"La década de los años 90 comienza con buenos auspicios"

Hoy es un día especial para la Comisión Económica para América Latina y el Caribe porque después de 21 años vuelve a realizarse un Período de Sesiones en Chile que vive nuevamente la Democracia. Esta especial circunstancia nos permite además inaugurar este vigésimo cuarto período de sesiones con la presencia de un hombre que simboliza el anhelo de justicia y reconciliación de todos los chilenos, Don Patricio Aylwin Azócar.

Hace dos años, en la ciudad de Caracas, la Secretaría de la CEPAL planteó una propuesta para el desarrollo de los países de América Latina y el Caribe en el decenio de los noventa, propuesta que indudablemente se constituyó en la más importante contribución que los gobiernos han recibido de dicho organismo, en apoyo a la permanente preocupación por brindar a nuestros pueblos las mejores condiciones para su subsistencia y desarrollo. En esta ocasión, la Secretaría nos presenta una propuesta complementaria que desarrolla preferentemente el papel de la política social y la preocupación ambiental en el proceso de transformación productiva, documentos estos que han de marcar una época en la construcción de un pensamiento económico propio para América Latina y el Caribe.

El 24º Período de Sesiones de la CEPAL tiene lugar en un momento de extraordinarios cambios en el escenario político y económico mundial y de nuevos desafíos para la inserción internacional de nuestros países en la economía global. La región, por su parte, empieza a apreciar algunos frutos de los drásticos procesos de estabilización y ajuste acaecidos durante la década de los ochenta, sin poder garantizar aún la retoma del crecimiento ni menos una tendencia que revierta los procesos de concentración del ingreso y de aumento de la pobreza, propios de tal década.

Signos esperanzadores se detectan en los procesos de estabilización, al tiempo que se insinúa una cierta capacidad de recuperación del crecimiento. La inflación cedió notoriamente en 1991, alejando prácticamente la eventualidad de procesos hiperinflacionarios. Luego de tres años de virtual estancamiento, el nivel de actividad económica creció 3%, permitiendo así la primera mejoría del producto por habitante en cuatro años.

El moderado progreso económico de la región en 1991 adquiere mayor relevancia si se considera que aconteció en un escenario internacional más bien adverso. La recesión en Estados Unidos y la pérdida

de dinamismo en las naciones industrializadas se reflejó en un lento crecimiento de nuestras exportaciones y en un marcado deterioro en la relación del intercambio de precios.

La propia situación recesiva en buena parte de los países industriales facilitó el descenso en las tasas de inflación y la caída en las tasas de interés internacionales. Esto último, no sólo se reflejó en un alivio en el servicio de la deuda externa, sino también en fuertes ingresos de capital, atraídos por la elevada rentabilidad en dólares en los países de la región. De este modo, por primera vez en 10 años, América Latina y el Caribe registró una transferencia positiva de recursos financieros, si bien concentrada en pocos países.

Las economías de la región empiezan a funcionar con sectores públicos más equilibrados, luego de agudos ajustes fiscales que han reducido las necesidades de financiamiento del sector público en montos que van desde un 2% a un 7% del producto interno bruto.

Junto a la mayor responsabilidad en la gestión fiscal, tiende a reafirmarse la orientación exportadora, un manejo monetario prudente y una renuencia a prácticas excesivas de regulación de la actividad económica, radicándose las decisiones de asignación de recursos cada vez más en el mercado.

Las bases de este proceso, sin embargo, continúan siendo frágiles. Frágiles son aún los equilibrios macroeconómicos, por ejemplo. Los avances anti-inflacionarios durante 1991, junto con reflejar la reducción en los desequilibrios financieros del sector público, responden también a un fenómeno aparentemente transitorio: la tendencia generalizada a una caída en el tipo de cambio real, dado el considerable ingreso de capitales extranjeros.

Frágiles son también las señales del escenario internacional. Los avances en la Ronda del GATT son insatisfactorios, en tanto las perspectivas de remoción de las barreras al comercio de nuestros productos no se condicen con la magnitud de los esfuerzos de apertura comercial de nuestras economías. Observamos con satisfacción la reanudación de los préstamos voluntarios privados a algunos países de la región. Si bien aún pesa incertidumbre sobre ellos, representan un reconocimiento de la confianza que están generando las reformas económicas en América Latina. Representan también una base favorable para consolidar tales corrientes de préstamos, para mejorar sus condiciones y volumen y para difundirlos hacia aquellos países que, con importantes reformas económicas ya realizadas o en marcha, aún no los reciben en montos suficientes.

Más frágiles y vulnerables son las bases sociales y políticas. En lo

socioeconómico, se asientan sobre desigualdades de ingreso aún más amplias que las del pasado, sobre una alta dosis de precariedad en el empleo, sobre una estrechez fiscal que impide un financiamiento sano de la inversión en gasto social, en infraestructura y en promoción tecnológica. En lo político luchamos por afianzar la conciencia democrática en nuestras sociedades civiles.

Pese a esas fragilidades, y gracias a las reformas económicas realizadas y a la difusión del consenso democrático, la década de los años 90 comienza con buenos auspicios. De allí la pertinencia y oportunidad de este encuentro para reunirnos en torno a una propuesta renovada y estimulante de la CEPAL, una propuesta de "Equidad y Transformación Productiva: Un enfoque integrado".

La llamada "década perdida" no dejó dudas sobre el agotamiento del modelo de desarrollo de la región y sobre su creciente inadecuación a la realidad de los mercados internacionales: paralización del crecimiento, retroceso en la productividad, aumento en la inequidad, deterioro ambiental y creciente pérdida de posición relativa en la economía mundial.

Los primeros años de la presente década muestran avances en la gestión macroeconómica, en los procesos de apertura comercial y de racionalización de las políticas de comercio exterior, en virtud de lo cual la región pudo crecer en medio de una recesión internacional nada despreciable. La contraparte de estos avances sigue siendo un marcado rezago social y un sesgo concentrador en las políticas económicas.

La integración de las reformas económicas, conducentes a la transformación productiva, con la equidad, en democracia, con sistemas políticos plurales y participativos, continúa siendo en nuestra región, un tema pendiente.

Así, el documento de la CEPAL remarca que "un crecimiento con equidad, ambientalmente sustentable y en democracia no sólo es deseable, sino también posible". Al respecto deseo citar lo que el Presidente del Ecuador, Rodrigo Borja, dijo en enero pasado en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas: "La defensa del medio ambiente es expresión de solidaridad para los que vendrán después de nosotros en la apasionante aventura de pisar la tierra, a quienes estamos moralmente obligados a dejar un agua limpia, un aire puro, una tierra fértil y un entorno verde. Es preciso proclamar como verdad evidente, que nadie es dueño de la frescura del aire ni del resplandor del agua."

También dijo el Presidente Borja que además de contestar la pregunta de cuánto

produce una sociedad hay que saber cómo están los habitantes de una nación y las respuestas sobre la calidad de vida de un pueblo se han de encontrar en la manera como se distribuye en la sociedad los beneficios del progreso y en la forma como se provee a las necesidades del ser humano para que la vida sea prolongada, para que la gente tenga conocimientos, seguridad personal, libertad política, participación comunitaria y pleno ejercicio de los derechos de la persona humana.

Equidad sin crecimiento es insostenible; crecimiento sin equidad, hoy tampoco es viable pues no puede garantizar la competitividad internacional en una economía global, cada vez más caracterizada por la primacía del conocimiento y la calidad del recurso humano.

La propuesta de la CEPAL no ignora los conflictos, particularmente en el corto plazo, entre aquellas medidas orientadas al logro de la eficiencia económica y el crecimiento y aquellas dirigidas a estimular la equidad. Lo novedoso de su planteamiento radica en sugerir que el campo de las estrategias y políticas que logran complementariedad entre ambos objetivos es más amplio que el de aquellas que generan conflicto.

Incluso más: la estrategia de transformación productiva que mejor promueve la competitividad internacional auténtica logra, a la vez, importantes progresos en la equidad. Para esto es menester que la transformación productiva se sustente en una incorporación deliberada y sistemática del progreso técnico, fuente genuina de empleos productivos, aumentos en la productividad, salarios crecientes y calidad de la fuerza de trabajo.

Una tarea de este tipo requiere importantes mejoras en la capacidad empresarial y, sobre todo, en la educación y capacitación de la mano de obra. La CEPAL insiste —en este punto— en la urgencia de diseñar e impulsar estrategias de transformación de la educación que, junto con aumentar el potencial científico-tecnológico de la región, contribuyan a la formación de una moderna ciudadanía, anclada en los valores democráticos, en la equidad y la justicia social y en la competitividad internacional. De allí la pertinencia de haber complementado el documento central del Período de Sesiones con el trabajo titulado "Educación y conocimiento: Eje de la transformación productiva con equidad". Este trabajo es particularmente valioso porque representa un esfuerzo conjunto de dos importantes organismos internacionales: la CEPAL y la UNESCO.

La propuesta de CEPAL explora las complementariedades entre los objetivos

más sentidos de los Gobiernos, acudiendo a sugerencias precisas de políticas e instrumentos que sacan el debate de la generalidad o de un marco obvio de buenas intenciones. Hay allí un mérito adicional, particularmente destacable desde la óptica de los que estamos encargados de la gestión de la política económica.

Podemos asegurar que tal propuesta representa un punto de quiebre en el debate económico latinoamericano. Los costosos esfuerzos de ajuste y estabilización sobrellevados por la región empiezan a insinuar sus retornos y al mismo tiempo se cuenta ahora con un marco analítico que integra progreso técnico, competitividad internacional y equidad. Existen los instrumentos que permiten avances en equidad, de un modo integrado y funcional al objetivo de transformación productiva.

La CEPAL nos ha presentado una propuesta que aborda estos temas con un enfoque renovado, coherente y de alta utilidad para orientar los esfuerzos de los Gobiernos. Las medidas específicas y las modificaciones institucionales variarán según las especificidades de cada país pero es claro que, en cualquier caso, la concertación y el acuerdo estratégico en torno a los principales objetivos a mediano plazo, junto con reforzar la estabilidad política de los procesos democráticos, facilitarán el avance hacia los objetivos de crecimiento y equidad.

Los trabajos de la CEPAL permiten iniciar los debates nacionales en torno a estos temas, contando ya con útiles marcos analíticos y sugerentes propuestas específicas.

Los países de América Latina y el Caribe estamos decididos a construir una estrategia de desarrollo que permita lograr la reactivación económica y a la vez pagar la deuda social. En el caso particular de mi país, el Ecuador, optamos por una estrategia de ajuste gradual con rostro humano en la cual el principio de la equidad social constituye el eje permanente de las reformas estructurales propuestas. A tales efectos hemos decidido abrir las puertas hacia la modernización económica, con la seguridad de que los países industrializados nos darán un tratamiento equitativo y acorde con el desarrollo de la gente en el marco de la justicia social internacional.

Las Naciones Unidas han hecho una gran contribución a la paz en los últimos 50 años. Paz y seguridad son dos valores que deben sustentarse en el progreso económico de los seres humanos. Esta es la tarea fundamental de los gobiernos y de los organismos que, como la CEPAL, trabajan incesantemente para dar contenido a la dimensión humana del desarrollo. Esta es la tarea y la responsabilidad que tenemos los delegados

de esta reunión, tarea y responsabilidad que no lo dudo la sabremos cumplir en el marco placentero de este Chile libre y democrático.

**Secretario Ejecutivo de la CEPAL,
Gert Rosenthal:**

**"Nos hemos abocado nada menos
que a reexaminar la manera de
abordar el desarrollo"**

Es motivo de especial alegría para mí que este período de sesiones se celebre en nuestro país sede. La CEPAL debe mucho a Chile. Nació con el decisivo apoyo de la delegación chilena ante las Naciones Unidas, encabezada en aquel entonces por don Hernán Santa Cruz. Nuestro primer período de sesiones se realizó en Santiago, en junio de 1948. Este foro volvió a reunirse en Santiago en 1961, y nuevamente en 1971. Veintiún años más tarde nos reencontramos una vez más aquí, en un país pujante, innovador, y hoy en democracia, que ha vuelto a ser un centro intelectual de importancia y un foco que atrae la atención internacional, con las cualidades que históricamente lo han caracterizado.

En ese sentido, agradezco particularmente la presencia de don Patricio Aylwin Azócar, Presidente de Chile. El sólido respaldo que tanto su gobierno como él personalmente han brindado a la Comisión compromete nuestro permanente reconocimiento. La organización de esta reunión es tan sólo una muestra más de ese apoyo, ya que no hubiera sido posible realizarla sin el concurso decidido de las autoridades chilenas, en especial de don Enrique Silva Cimma, Ministro de Relaciones Exteriores, y de don Carlos Ominami, Ministro de Economía, Fomento y Reconstrucción. A ellos y a sus respectivos colaboradores, muchísimas gracias.

Chile ha sido también la cuna de muchos sobresalientes miembros de nuestra Secretaría, que laboran en nombre de la institución, por lo que no sería del caso mencionar a ninguno. Sin embargo, es de elemental justicia referirme brevemente a Fernando Fajnzylber, un hijo de esta tierra que, a pesar de su muerte tan prematura, ha dejado una marca imborrable en nuestra organización. Quienes lo conocimos fuimos privados de un amigo inolvidable; la CEPAL, por su parte, perdió a un colaborador de genuino valor. Lo tendremos siempre presente con afecto y profundo respeto y, después del acto inaugural, le rendiremos un breve pero sincero homenaje.

En los cuarenta y cuatro años transcurridos desde que celebráramos nuestro primer período de sesiones, el mundo —y con él América Latina y el Caribe— sufrió

profundas mutaciones. En los últimos tiempos la capacidad de los acontecimientos para sorprendernos parece inagotable. Junto con la espectacular metamorfosis de las relaciones internacionales, se han alterado las bases mismas del funcionamiento de la economía mundial. Su "globalización" no es una simple consigna: describe una nueva forma de interacción económica entre países y empresas, en respuesta a la creciente transnacionalización de casi todas las manifestaciones del quehacer humano. Al mismo tiempo, el carácter de esa globalización es marcadamente universal, ya que alcanza prácticamente a todos los países del planeta.

Tan dramáticos son estos cambios que, para interactuar con la economía mundial, se podría decir que casi hay que aprender a caminar de nuevo y, por añadidura, en un barrio desconocido. Además, los cambios no se limitan a los hechos; lo mismo ocurre con las ideas, y también con las instituciones. En cuanto a las primeras, el consenso keynesiano o nekeynesiano, que prevaleció en Occidente durante cuatro décadas, cedió el paso a una especie de nuevo paradigma, en tanto que la alternativa de la planificación centralizadora al parecer perdió toda vigencia. Con respecto a las instituciones, en el ámbito nacional, gobiernos y sociedades civiles buscaron nuevas formas de organización con el fin de adaptarse al cambiante entorno externo; a su vez, en la esfera internacional, los organismos multilaterales, incluyendo a las Naciones Unidas, están en un franco proceso de remodelación.

La celeridad de estas transformaciones tiende a desorientarnos. Si ocuparse del desarrollo económico y social es tarea de por sí compleja, lo es aún más ante un panorama que exige continuas adaptaciones. La relativa autonomía de que gozan las naciones para asumir la responsabilidad de su propio destino se va erosionando conforme avanza la transnacionalización de los fenómenos económicos y sociales. Dentro del contexto de una trayectoria, en general, de signo positivo, son cada vez más numerosos los interrogantes sobre el futuro que surgen del acelerado cambio en el presente. De ahí que, tanto en el plano mundial como en el de América Latina y el Caribe, hoy, cuando estamos en el umbral del próximo milenio, nos enfrentamos a alentadoras expectativas, junto a desafíos de primera magnitud. Entre esos desafíos, acaso el principal se desprende del hecho de que dos tercios del género humano todavía viven bajo el umbral de la pobreza, mientras aspiran, al mismo tiempo, a la modernidad. El fenómeno de la pobreza se ve agravado por el considerable retroceso material sufrido por millones de seres humanos durante los años ochenta, sobre

todo en América Latina, África y parte de Asia. Ciertamente, el desarrollo —si se quiere, el desarrollo ambientalmente sustentable— es la gran tarea inconclusa del siglo veinte.

Para enfrentar la celeridad del cambio, se nos imponen nuevas exigencias a nivel local, nacional, subregional, regional e internacional. Y es en relación con este último aspecto que hoy el papel de los organismos multilaterales se vuelve más vital que nunca, ya que la única manera de enfrentar problemas transnacionales es mediante esfuerzos colectivos. Lo dicho es válido para diversos aspectos de la convivencia entre las naciones y entre los pueblos, y también para los esfuerzos en favor del bienestar material y espiritual de la humanidad.

Es evidente que esto anuncia nuevas oportunidades para que las Naciones Unidas contribuyan a consolidar la paz, sobre todo mediante sus iniciativas de diplomacia preventiva, y a impulsar el desarrollo, visto justamente como un elemento indispensable para afianzar la paz. Tal como nos lo recordó el Consejo de Seguridad en su histórica reunión a nivel de Jefes de Estado y de Gobierno celebrada el 31 de enero de 1992, "la paz y la prosperidad son indivisibles...la paz y la estabilidad duraderas requieren una cooperación internacional eficaz para erradicar la pobreza y promover una vida mejor para todos dentro de un concepto más amplio de la libertad."

Es precisamente la manera en que las Naciones Unidas cumplen esta última tarea lo que sus foros globales y su Secretario General están sometiendo a un profundo análisis. El objeto del debate no es sólo nuestra Organización, sino también sus vínculos con el resto de los organismos multilaterales especializados, en especial las instituciones de Bretton Woods y el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT). A medida que se define el nuevo papel de las Naciones Unidas en las esferas económica y social, nuestra propia institución, la CEPAL, que forma parte de ese ente mayor, seguramente también habrá de adaptarse a las nuevas circunstancias.

En embargo, como confío que se constatará una vez más en este encuentro, mientras más acelerado sea el cambio de esas circunstancias, mayor será la utilidad de una institución como la nuestra. En efecto, si tendremos que explorar un barrio desconocido, será especialmente importante disponer de una instancia que nos permita ver mejor sus deslindes y conocer su topografía; si necesitaremos aprender a caminar de nuevo, será muy útil contar con un foro en el que aquellos que lo lograron primero puedan transmitir sus experiencias a los que acaso estén aún

rezagados; si las ideas sobre cómo abordar el desarrollo tienden a universalizarse, será afortunado que exista una instancia que las examine desde la óptica regional, introduciendo las adaptaciones del caso. Y, si persisten desafíos de primera magnitud, resultará indispensable debatir las opciones a nuestro alcance para responder a los mismos. Por sus características, la CEPAL —sus foros intergubernamentales y su Secretaría— ofrece precisamente esas posibilidades. Ello es lo que hace tan única a nuestra organización dentro del sistema de las Naciones Unidas, y también lo que le da su razón de ser y su palpable relevancia.

Así, en los últimos tiempos, la interacción de la Secretaría con los gobiernos de sus Estados miembros ha cobrado una particular vitalidad. Nos hemos abocado nada menos que a reexaminar la manera de abordar el desarrollo. Lo hicimos movidos por el imperio de las circunstancias e inspirados por las riquísimas enseñanzas acumuladas por gobiernos y sociedades civiles durante la crisis de los años ochenta. En este sentido, la perplejidad acarreada por la crisis generó como contrapartida la necesidad de un debate, en momentos en que eran relativamente pocas las instancias nacionales o regionales que estuvieran en condiciones de dedicarse a reflexionar sobre el mediano plazo, particularmente con una visión latinoamericana y caribeña. La CEPAL, desempeñando una de las funciones contempladas en su mandato original, contribuyó a llenar este vacío.

En efecto, hemos logrado considerables avances en la tarea de ofrecer orientaciones para el desarrollo de los países de América Latina y el Caribe en éste y en los próximos decenios. Los documentos que fundamentan el debate de este período de sesiones —*Un enfoque integrado y Educación y conocimiento*— son la continuación natural de *Transformación productiva con equidad* y *El desarrollo sustentable*, elaborados en 1990 y en 1991 respectivamente. Todos abordan, desde un enfoque sistémico, la compleja tarea de crecer, distribuir, defender el medio ambiente y consolidar la democracia, y de hacer todo esto en forma simultánea. En los documentos que aportamos al debate de este encuentro, el énfasis está en el amplio potencial que existe en la aplicación de la política pública, para alcanzar simultáneamente objetivos de crecimiento y de equidad.

Los cuatro trabajos indicados pretenden provocar un debate esclarecedor sobre un marco de referencia coherente para el desarrollo latinoamericano y caribeño. Para la CEPAL, entonces, en este vigésimo cuarto período de sesiones se consolida un esfuerzo de actualización, aunque, en rigor, sea éste un proceso que nunca

concluye. No obstante, disponemos ahora de ese marco de referencia que nos permitirá, en el futuro, profundizar en algunas líneas temáticas de especial relevancia. Entre éstas cabe destacar, a título ilustrativo, la reforma del Estado y la organización social; el financiamiento del desarrollo; la cooperación intrarregional e internacional; la sustentabilidad del desarrollo, y el comercio internacional, la competitividad y la tecnología. La reflexión sobre cada uno de estos aspectos habrá de incorporar, además, la preocupación por dos objetivos sociales de orden más general que atraviesan todos los aspectos mencionados, y que se refuerzan recíprocamente: me refiero al perfeccionamiento y fortalecimiento de la democracia, y al mejoramiento en la equidad.

Lo que hoy nos reúne en Santiago es, pues, lo que le da sentido a la CEPAL y, en un contexto más amplio, a las Naciones Unidas: ayudar a aclarar ideas y ofrecer orientaciones para la acción. Ello no significa que nuestra labor se limite a los aspectos analíticos; como se podrá apreciar en la documentación que se presenta a este período de sesiones, son numerosas las actividades operacionales que desempeñamos en favor de nuestros Estados miembros. Consideramos que la actividad analítica y la operacional no son excluyentes, sino que más bien se prestan mutuo apoyo.

Para concluir: he insistido varias veces en que la CEPAL es la sumatoria de sus foros intergubernamentales, su Secretaría, y las relaciones de interacción entre ambos. El período de sesiones es justamente una de las principales instancias en que esa interacción se produce y da lugar a una reflexión colectiva que beneficia a todos, ya que de ella se nutre la acción en cada país, y también la cooperación internacional. Al provocar esa reflexión colectiva, la CEPAL contribuye tanto al proceso de desarrollo como a la cooperación internacional. Aspiramos, en esta reunión, a dar un paso más en esa dirección, inspirados por la presencia de tan dignos representantes de nuestros Estados miembros, y también por el hecho de volver a encontrarnos en el lugar que vio formarse y crecer a nuestra institución.

**Ministro de Relaciones Exteriores,
Enrique Silva Cimma:**

"La CEPAL vuelve a señalar camino para nuestra región"

Me corresponde el honor de clausurar, en representación del Gobierno de Chile, este período de sesiones de la CEPAL, que se ha celebrado en Santiago, después de más de veintidós años. Se fortalece con ello una relación que para Chile es tan importante y fructífera.

Nos enorgullece que haya sido en esta sede donde en décadas pasadas se formularon algunas de las principales propuestas económicas y sociales que marcarían la vida del continente. En este período en que la CEPAL vuelve a señalar caminos para nuestra región, Chile, su sede permanente, renueva con ella su compromiso de acogerla, apoyarla y fortalecerla en todo lo que sea necesario para el cumplimiento de su trascendental misión.

Pocos habrían pronosticado en 1971 que muchas naciones de este continente sufriríamos el agobio de gobiernos autoritarios y todos una profunda y aguda crisis económica, cuyas consecuencias aún *nos afectan*. Nadie habría podido, entonces, predecir la forma en que cambiaría nuestro mundo. Superada la guerra fría y ya en las puertas del próximo siglo, sobreviven incertidumbres, pero muchas esperanzas.

En los años recientes, la economía y la política mundiales han experimentado una serie de cambios estructurales que tienen repercusión cualitativa en todos los ámbitos. Las crisis monetaria y financiera de las últimas décadas, el surgimiento de nuevos polos de desarrollo tecnológico e industrial, las transformaciones en el volumen y composición del comercio mundial, el ahondamiento de la brecha entre la opulencia y la pobreza de distintas zonas del mundo, la crisis ambiental, el colapso económico y político de los modelos de socialismo centralizado son hechos que han alterado profundamente el marco de las relaciones internacionales.

Desde luego, en el centro de esa transformación está el enorme desarrollo tecnológico y productivo que el mundo ha vivido desde la postguerra y que nos tiene, no a las puertas, sino viviendo ya, una nueva revolución económica. Es importante entender los efectos que estas transformaciones estructurales tienen para nosotros. Cuando este proceso se iniciaba a comienzos de la década pasada, las economías latinoamericanas debieron enfrentar una grave crisis, que repercutió en un alto endeudamiento, en la disminución de su comercio, en la pérdida de enormes volúmenes de recursos e inversiones y en el deterioro de su infraestructura y de las condiciones de vida de su población. En términos más simples, perdimos a la vez presencia y credibilidad en el sistema económico global y hemos debido emprender, en los últimos años, nuestros propios procesos de ajuste y reforma estructural, para adecuarnos a la nueva realidad y reinsertarnos en la economía mundial en transformación.

Muchas de las reformas que hemos iniciado para restablecer equilibrios macroeconómicos, ampliar nuestro comercio de bienes y servicios, crear un

clima político y económico favorable a la inversión interna y externa y volver a alcanzar tasas de crecimiento significativas son imperativos vigentes para la región. Pero estamos convencidos de que, en el marco de las tendencias económicas y comerciales que hoy imperan en el mundo, no es posible volver atrás. La globalización de los mercados, el flujo creciente de factores, bienes y servicios de unos países a otros, el fenómeno tecnológico han creado una interdependencia económica que es la única posibilidad real de desarrollo moderno para nuestros países.

Quedarse atrás significa perder la posibilidad de insertarse en el mundo nuevo que los avances de la técnica, la producción, el transporte y el comercio han ido forjando.

Muchos de nuestros esfuerzos siguen enfrentando los obstáculos de la desconfianza y el proteccionismo, que debemos superar a través de una acción conjunta. Graves interrogantes afectan hoy a la Ronda Uruguay del GATT, en la cual nuestros países han puesto tantas esperanzas. Después de años de convocarnos a la apertura comercial y al desmantelamiento de barreras, los países industrializados no parecen tan decididos a responder a este desafío y las negociaciones se prolongan más allá de lo esperado. Sin embargo, la respuesta al proteccionismo no puede consistir en levantar de nuevo nuestras propias barreras. A la región le conviene incrementar su apertura económica al mundo y recibir nuevas tecnologías y capitales. No es algo que se pueda lograr de inmediato o en pocos meses, pero sí una tarea de largo plazo que está en el interés de nuestros pueblos.

También constatamos que, en las nuevas condiciones económicas mundiales, el proceso de regionalización o la creación de macroregiones económicas es una tendencia marcada. Asimismo, en nuestra región esta disposición se manifiesta con el resurgimiento, bienvenido por todos nosotros, de iniciativas de integración o complementación económica entre nuestros países. Los cambios políticos y económicos que hoy vive el mundo nos abren grandes oportunidades, pero al mismo tiempo nos presentan similares desafíos. La modernización de nuestras economías y de nuestras sociedades nos exige incorporarnos plenamente a un mercado mundial crecientemente competitivo. Esa inserción será más fructífera si los países de América Latina y el Caribe la enfrentamos en común y hacemos pesar en ella la rica suma de recursos humanos y naturales que en conjunto poseemos. Ello da fundamento y urgencia a la tarea integradora, en la que

nuestra región ya ha comenzado a dar pasos más concretos y realistas que en el pasado.

No obstante, no queremos que la retórica de la integración oculte las dificultades que vemos en el camino. Los esfuerzos del continente en esta dirección han tenido pocos resultados positivos. Es preciso reconocer esta realidad y aprender también de los éxitos de otros, para diseñar bases realistas de una política de integración. La apertura efectiva y completa de mercados; la existencia de políticas económicas compatibles; la disposición a someter determinadas decisiones fundamentales a mecanismos colectivos; el diálogo y entendimiento político, logrado en regímenes institucionales democráticos y la voluntad de fortalecerlos son algunas de estas bases.

Por otra parte, la realidad demuestra que la integración puede abarcar en un comienzo solamente a países que compartan algunas políticas comunes, para luego extenderse a otros, a medida que se tenga mayor capacidad de convocatoria. En este sentido, valoramos profundamente iniciativas como el MERCOSUR, los acuerdos bilaterales entre Chile y México, el Grupo de los Tres, el CARICOM, los mecanismos de cooperación política y económica en Centroamérica, que forman parte integral del tan anhelado proceso de paz en esa región. Todos ellos constituyen pasos significativos en la dirección de diseños de integración más acordes con la realidad de nuestro tiempo.

Para Chile, la integración latinoamericana siempre será un objetivo fundamental. La escasa dimensión del mercado nacional en perspectiva de globalidad realza la magnitud de los mercados cercanos, en particular, de las economías mayores. Existen también factores políticos, sociales y culturales que hacen que el país se encuentre sensibilizado a la necesidad de la integración regional. Estamos convencidos de que la concertación política y la creciente complementación de nuestras economías nos dan una posibilidad mayor de participar activa y decisivamente en la reestructuración que hoy vivimos.

El efecto más grave de la crisis latinoamericana de la pasada década ha sido el impacto que ella ha tenido sobre las condiciones de vida de las grandes mayorías de nuestra región, profundamente afectadas por la extrema pobreza, el desempleo, el deterioro del medio ambiente y las condiciones de vida, la pérdida de eficacia de los servicios públicos, la falta de viviendas, de salud, de educación y una distribución regresiva del ingreso.

Revertir esta situación es imperativo. Desde un punto de vista ético, rechazamos

cualquier modelo de desarrollo que tenga por base la desigualdad y la falta de equidad. Por eso es que el Presidente Aylwin ha postulado la necesidad del desarrollo con equidad. Desde este punto de vista, es un hecho que, en la nueva economía mundial, la calidad de los recursos humanos asume una importancia aún más crucial que en el pasado. América Latina no puede enfrentar el desafío de la modernización sin mercado interno, con poblaciones desnutridas, carentes de educación, capacitación y recreación y con infraestructuras obsoletas.

Competir en los mercados internacionales, desarrollar nuestra capacidad científico-técnica, agregar el valor a nuestros productos, incorporarnos positivamente a la economía de servicios, emprender las modernizaciones que nuestra economía y nuestra sociedad requieren, en suma, incorporarnos de lleno al mundo del siglo XXI supone un enorme esfuerzo de mejoramiento de la calidad de vida y de equidad.

Es indudable que, desde un punto de vista político, la injusticia y la desintegración social sólo pueden derrotarse con estabilidad democrática. El atraso económico, la desigualdad, la miseria, los problemas endémicos de vivienda, salud, educación, medio ambiente son, por ello, factores importantes de inestabilidad. Está claro que, en la medida en que amplios sectores no ven en la democracia respuesta oportuna a sus necesidades más apremiantes, pierden fe en ella o se dejan seducir por tentaciones populistas o autoritarias. Sin embargo, parece difícil pensar que el remedio para estos males puede provenir sólo del libre juego de las fuerzas del mercado. La economía de

mercado podrá ir proporcionando crecientemente los recursos económicos para el desarrollo; pero no garantiza que esos recursos sean adecuadamente distribuidos ni aplicados con eficiencia para el mejoramiento de las condiciones de vida de todos nuestros ciudadanos.

La tarea de conquistar la equidad y la justicia social constituye, a nuestro juicio, un rol fundamental del Estado. Ello se expresa en medidas muy concretas, algunas de las cuales están contenidas en el documento que la CEPAL nos ha presentado en esta reunión.

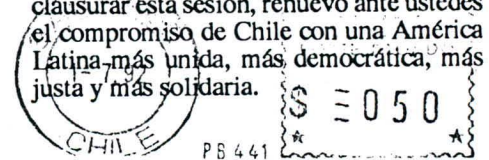
La reorientación del gasto público hacia programas que favorecen a las mayorías, el mejoramiento de la capacidad de gestión del Estado y de la eficiencia de los servicios públicos, la inversión en infraestructura de utilidad social, el aumento del gasto en educación y en salud, la creación de programas específicos dirigidos a aumentar la capacitación y el empleo, las políticas destinadas a eliminar la extrema pobreza son algunas de las acciones que debemos emprender de manera inmediata. Muchas de estas actividades requieren coordinación entre nosotros, tanto para aprovechar experiencias como para apoyarnos en los mayores avances de quienes puedan haberlos alcanzado. Problemas como la disminución del gasto superfluo en beneficio social o la protección de los recursos naturales y el medio ambiente requieren, además, acuerdos claros entre nuestros países para poder ser implementados. En suma, debemos entender que la inversión en políticas sociales es prioritaria, como una necesidad de justicia y también como pieza fundamental para el logro de nuestros

grandes objetivos de democracia, estabilidad política y desarrollo económico.

Transformación productiva, apertura de mercados, desarrollo de recursos humanos, equidad social son los temas que han concentrado la atención de esta importante y fructífera reunión de la CEPAL. Al poner el acento en ellos, esta Comisión hace honor a su tradición como el principal centro de pensamiento y creación económica en la región. Lo hace, además, teniendo la capacidad de adaptarse al signo de los tiempos.

No es ésta, ni nunca lo ha sido, una institución nostálgica, que quiera vivir sólo del recuerdo de un pasado glorioso. Es capaz de renovarse permanentemente, de examinar las nuevas realidades y comprometerse con ellas, para enfrentar desafíos, proponer soluciones y abrirnos caminos. La creatividad y capacidad constructiva de la CEPAL son los rasgos que la han hecho tan enormemente útil para esta región desde sus inicios. La CEPAL no sólo proporciona datos valiosísimos para el análisis económico de América Latina y el Caribe. Más importante aún, propone soluciones adecuadas e ideas que nos llaman al debate y a la reflexión.

Estoy seguro de que quienes han asistido a este período de sesiones salen de él plenamente satisfechos, tanto por la altura de sus debates como por la riqueza del intercambio de ideas y experiencias que, ciertamente, se han desarrollado. Les agradezco profundamente que nos hayan acompañado en Santiago en estos días y al clausurar esta sesión, renuevo ante ustedes el compromiso de Chile con una América Latina más unida, más democrática, más justa y más solidaria.



PB 441

NACIONES UNIDAS

UNITED NATIONS



NATION

Comisión Económica para América Latina y el Caribe
Servicios de Información
Edificio Naciones Unidas
Avenida Dag Hammarskjöld
Casilla 179-D
Santiago de Chile

23447:NSE

CLM

JORGE OLAVE
GABINETE PRESIDENCIAL
PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA
PALACIO DE LA MONEDA
SANTIAGO
CHILE

